

CAMBIO DE MARCHA EN FILOSOFÍA

TODO nuevo libro de Ferrater Mora —y muy especialmente el que motiva las presentes líneas, **Cambio de marcha en filosofía**, Madrid, Alianza, 1974— viene invariablemente a recordar algo sobre lo que quizá no resulte de todo punto inútil llamar la atención una vez más: que los grandes protagonistas de la filosofía española contemporánea, salvo muy contadas excepciones, como la de Gustavo Bueno o Emilio Lledó, están ausentes de nuestra Universidad. Es el caso de José Luis Aranguren, de Manuel Sacristán, de Adolfo Sánchez Vázquez... Y del propio Ferrater Mora, claro es. Con la particularidad, además, de que son precisamente ellos quienes más fielmente han cumplido —a través de sus publicaciones en unos casos y de su interrumpida docencia en otros— esa labor formativa e informativa que ha hecho posible, entre otras cosas, que pueda hablarse ya, con cierto fundamento, de una «nueva» filosofía española.

Durante algún tiempo, el lector medio ha asociado preferentemente el nombre de Ferrater Mora a un impresionante **Diccionario de Filosofía** que ha sido —y sigue, sin duda, siendo— obra de consulta imprescindible para todo estudioso o, simplemente, interesado por estas cuestiones. (Que dicho **Diccionario** ha sido hecho fuera de España es cosa en la que no habrá que insistir demasiado: como todo estudiante sabe por experiencia propia, la ingente masa de datos necesaria para su elaboración difícilmente hubiera podido ser recogida en las hasta hace bien poco casi inexistentes bibliotecas de nuestras Facultades de Filosofía.) Pero Ferrater Mora es, además, y **Cambio de marcha en filosofía** viene a probarlo con singular eficacia, un filósofo original, riguroso y, cosa quizás aún más difícil, vivo. Con esa vitalidad que permite, a quien tiene la suerte de detentarla, estar atento a cuanto ocurre en su disciplina —y en el mundo en el que ésta se inserta— y hacerse eco de ello en su obra. En el caso de Ferrater, por otra parte, esta vitalidad nada tiene en común con esa manipulación editorial de las pulsaciones de gusto que cada «temporada» presenta engañosamente como novedad lo que no es sino otra pieza más de un magma mercantil de constante y falso cambio. De esta afortunada peculiaridad se beneficia, sin duda, su último libro.

Cambio de marcha en filosofía es, en efecto, la personal respuesta de Ferrater Mora a determinadas inflexiones —«crisis», gustan de decir algunos, «cambio de paradigma», otros— que vienen produciéndose, a lo largo del último decenio, en el nada homogéneo ámbito de la llamada «filosofía analítica», filosofía que, como es harto sabido, se resuelve, o se resolvía en sus momentos creadores, antes en una «manera de hacer», en un «estilo de pensamiento», que en una suma, más o menos escolástica, de filosofemas. Y que es la filosofía a la que, en líneas generales y no sin ciertas matizaciones personales, se allega Ferrater Mora en la vertiente más creadora de su obra.

Corren vientos de «cambio», ciertamente, en esta suma de tendencias tan unánimemente dominante —desde los años, ya remotos, de Frege, Russell y Moore, de Wittgenstein y las reuniones de Círculo de Viena— en el mundo anglosajón. La «filosofía analítica del lenguaje común», más o menos vinculada a la herencia posfilosófica del último Wittgenstein y de J. L. Austin, apenas ha resistido, en efecto, el triple efecto del agotamiento de sus propios recursos metodológicos (más bien escasos ya desde un principio, desde luego), del desarrollo de la lingüística positiva a raíz, básicamente, de los trabajos de Chomsky, y de la espectacular cristalización de la sociología del lenguaje, como ámbito definido de trabajo científico, por obra de investigadores como J. A. Fishman, Basil Bernstein o Denis Lawton. (Nada tiene, pues, de extraño que algún que otro joven filósofo ibérico, que recién llegado de Oxford se declaraba filósofo analítico del lenguaje común de la más estricta de las observancias, apenas pasados cuatro años venga a reconocerse chomskyano no menos convencido.) En cuanto a la filosofía de la ciencia de inspiración analítica, más o menos deudora de la herencia neopositivista, la conmoción en la vieja seguridad en sus dogmas fundamentales aún es prácticamente mayor. «Revisionistas» como Feyerabend, Hanson o Toulmin, e historiadores de la ciencia como, bien centralmente, Th. S. Kuhn, han abierto un proceso de deshielo que todavía no se ve muy bien a dónde va a llevar. Aunque lo que sí puede ya afirmarse, desde luego, es que va a dejar muy poco lugar para el triunfalismo de quienes pretendían, hasta ayer mismo, relegar la filosofía de la ciencia a la función de legislar con un puñado de recetas (o «reglas de procedimiento») nada menos que lo que debería ser la ciencia.

Ferrater Mora tipifica, con agudeza poco común, todas estas inflexiones. Y saca de ellas, sin lugar a dudas, consecuencias muy poco ortodoxas desde el punto de vista de la filosofía analítica clásica. Pero al hacerlo abre uno de los pocos caminos que los citados acontecimientos no podrán obstruir, revisando todos los tópicos hoy en cuestión: las relaciones entre filosofía y lenguaje, entre lógica y filosofía, el concepto mismo de análisis y las variedades de éste, los supuestos y usos del giro analítico, etc. Y, sobre todo, el sentido que podrán tener, para un filósofo consciente de la necesidad de un «cambio de rumbo» como el por él apuntado, conceptos —y ámbitos de problemas— como los denotados por los términos «metafísica», «ontología», «teoría» y «práctica». Con su intento de plausibilizar la necesidad de este cambio de marcha en filosofía, Ferrater Mora ha conseguido uno de sus libros más estimulantes. Lo que en alguien que tiene ya tras de sí una obra copiosa no es, sin duda, mérito menor.